

La
Novela
Cineoleta
Cinematografica



N.º 16 La señorita "bibelot"

16

POR

Dolores Costello y Ralph Graves

30
cts

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año I Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE N.º 15

THE GLAD RAG DOLL La señorita "bibelot"

1929
Delicioso asunto interpretado por
Dolores Costello, Ralph Graves
y otros notables artistas

Producción "EXCELSA"

de la famosa marca

Warner Bros

Distribuida por

EXCLUSIVAS DIANA

Rosellón, 210

Barcelona

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Postal obsequio: DIXIE LEE

La señorita "bibelot"

Argumento de la película

Annabelle Lea era una de las artistas más famosas de Nueva York. La acompañaba una exquisita distinción. El público llenaba el teatro donde ella actuaba, ávido de admirar sus ricas "toilettes", sus bellos escotes y el delicado encanto de su voz. Se la conocía por "La Señorita Bibelot".

Aquella noche estaba representando el último acto de un drama.

Se hallaba en escena en compañía de Barry, un actor que figuraba ser su marido. Este se mesaba los cabellos y rugía:

—¡Eres una muñeca de lujo que no tiene más que pajaritos en la cabeza! ¡Qué idiota fuí el día que me casé contigo!

—¿Nada más que aquel día?

—¡Ya he descubierto tu juego! ¡Eres una colecciónista de divorcios!

—Qué penetración!

—¡Pero esta vez no sacarás un céntimo de mí!

—Inventa el modo de no pagar alimentos y te harás famoso.

—Yo sé de un hombre que inventó un sistema que no falla. ¡Se llamaba Smith!

—¡Ah! ¡Ya sé! ¿No es un peluquero de la Quinta Avenida?

—¡No! Fué el que descubrió el camino más corto hacia la Eternidad. Yo voy a seguirle.

Y el marido se ocultó detrás de unas cortinas y disparóse un tirito en mitad de la sién.

—¡Mira qué gracioso!—dijo ella a tiempo que se hacia la manicura—. Has conseguido que me cortara un dedo.

Y sonriente cogió el aparato telefónico y estableció una comunicación.

—Oiga... Avise a una funeraria baratita para que venga a recoger a mi ex marido.

Luego, paseando suavemente por la escena, acabó diciendo:

—Lo siento francamente! ¡Después de todo fué un buen marido en el tiempo que ha durado!

Bajóse el telón. Había acabado la representación de la obra "Una mujer moderna".

El público salió satisfecho de haber admirado una vez más a la linda actriz que tenía unas formas finísimas y unas piernas torneadas a la perfección que invitaban a la caricia.

Después de saludar a numerosos amigos, Annabelle se dirigió a su camarín.

Encontróse allí con un muchacho llamado Jimmy Fairchild, perteneciente a una encopetada familia de Filadelfia, joven de cortos alcances pero largas aspiraciones.

Se había enamorado de ella y la perseguía a

sol y a sombra, prodigándola continuamente regalos con una espléndida abundancia.

Hanna, la criada negra de Annabelle, se burlaba de aquel asedio interminable.

Al verle en su cuarto, la actriz se echó a reír y le dió a besar su lindísima mano.

—La verdad es que es usted constante... Jimmy Fairchild.

—Sin usted no vale la pena vivir — respondió el muchacho.

—¡Qué gracioso! ¡Y lo dice a su edad!

Entretanto, unos empleados del teatro descubrieron, caído en tierra, en el escenario, al actor Barry.

—¡Vamos, Barry! —le dijo un tramoyista, zanardeándole—. ¡También tú?... ¡Yo creía que en esta obra no dormía más que el público!

Pero el actor no se movió, y el empleado examinó el revólver que aquél llevaba en la mano:

—¡Demonio! ¡Me he equivocado de revólver! ¡Este es el del sereno del teatro!

Inmediatamente se dieron cuenta de que Barry estaba herido y corrieron a advertir al empresario.

—¡Barry se pegó un tiro de veras! El tramoyista le dió un revólver por otro...

—¡Demonio! ¿Y está muerto?

—Vive aún.

—¡Que le lleven al Hospital en seguida!

El empresario se paseaba nervioso, y de pronto dijo a su ayudante:

—Si Barry no está herido de gravedad, tengo una idea bestial para la propaganda.

Y los dos se encaminaron hacia el sitio don-

de un médico estaba reconociendo a Barry, confirmado que la herida no era de cuidado.

Se miraron con alborozo y después de comentar en voz baja sus proyectos, se dirigieron al camarín de Annabelle.

* * *

La bella artista estaba aún conversando con Jimmy quien le mostraba una preciosa joya.

—Es hermosísima, Jimmy —decía la muchacha—. Pero no puedo aceptarla.

—¡Annabelle!... Toda la fortuna de los Fairchild la pongo a tus pies. ¡Cásate conmigo!

Annabelle cruzó una pierna sobre otra mostrando el encanto incomparable de su línea.

—Eres un buen muchacho, Jimmy... Y creo que hablas sinceramente, pero tu hermano no te daría nunca su consentimiento.

—Ya he cumplido los veintiuno... ¡Puedo casarme con quien quiera!

—¡No, Jimmy!... ¡Es una gran locura!... Eres demasiado joven...

En realidad, Annabelle no experimentaba por Jimmy más que una dulce simpatía. Amor, no... Este no había llamado al corazón de la artista.

Aparecieron el empresario, su ayudante, y Jimmy se retiró del camarín, repitiendo aún sus ardorosas declaraciones.

Ya solos, el primero dijo a Annabelle:

—Tenemos una gran idea para un asunto de publicidad. ¡Barry se ha pegado un tiro!

—¿Qué dice usted?

—No ha sido más que una herida sin importancia, pero queremos que aparezca usted como la causante de que Barry intentara suicidarse...

—¡Qué locura!

—Será un asunto sensacional que apasionará a todo el mundo, y su nombre correrá de boca en boca por todo Nueva York.

—No me gusta esa clase de publicidad... Pero en fin... Ustedes saben de eso más que yo.

El empresario dió varias órdenes y luego cogió unos cigarros que había sobre una mesa. Al fijarse en la etiqueta de la caja, se echó a reír.

—¿Para qué tiene aquí estos cigarros explosivos?

—Para los tenorios que vienen a darmel la lata. Los hay que se proposan... y son amigos de los hechos, ¿comprende? Con un cigarro de esos en la boca, se acabó la escena del sofá.

—¡Graciosoísimo!

Marcharon del camarín, y Annabelle, sin preocuparse demasiado de los procedimientos de publicidad, llamó a su criada negra para cambiarse de vestido. Por un momento apareció en suave ropa interior, de una fragilidad de espuma... Luego como un telón que vedara los encantos, cayó el traje de calle.

* * *

La familia Fairchild estaba montada a la alta escuela de la rigidez y la severidad.

Todos eran solteros en aquella casa. El tío Nathan y su hermana la tía Agatha, a pesar de que habían pasado del medio siglo, manteníanse célibes. Con ellos vivían sus tres sobrinos huérfanos, John, el mayor, muchacho severo que gustaba de conservar las tradicionales costumbres de la etiqueta, el verdadero dueño de la casa; Berta, una monísima mujer de veintidós años, y Jimmy, el Benjamín, el loco enamorado de la actriz neoyorquina.

Eran millonarios. Y tenían a gala vivir en un ambiente de distinción, rechazando cuanto pudiera aparecer plebeyo.

Llevaban ya algún tiempo preocupados por la conducta de Jimmy, empeñado en casarse con una artista. Esto sulfuraba a todos, de un modo particular a John.

Pero lo que hizo rebosar el colmo de la indignación fué la lectura ante toda la familia reunida de aquel diario de la mañana.

En grandes titulares, el periódico decía así:

LAS TRAGEDIAS DEL TEATRO FRIVOLO

Un actor se dispara un tiro en escena por el amor de una actriz.

La vida no vale la pena de ser vivida sin Annabelle Lea, dice Thorthon Barry.

Se asegura que un joven millonario de Filadelfia ha sido la causa de la tragedia.

El desdén de una sirena del Broadway empuja a la desesperación a su compañero de escena.

Jimmy mostróse anonadado, pero reaccionó orgulloso de que la actriz hubiera rechazado el amor de Barry. Esto significaba que Annabelle amaba a Jimmy.

—¿Esa clase de mujer es la que quieres hacer entrar en la familia Fairchild? —le dijo su hermano, furioso.

—¡Hermano mío! ¡Esa mujer es más que mi propia existencia!

—¡No tienes derecho a deshonrar a tus tíos y a tu hermana! —siguió diciendo John, implacable.

—Sí, señor! ¡Para ti no hay tu tío ni hay tu tíal! —gritó el tío Nathan.

Apareció el abogado Underlane, que pasaba una temporada con ellos.

—¿Siguió usted mis instrucciones con respecto a esa Annabelle?—le preguntó John.

—Sí, señor... El teatro ha rescindido su contrato... ¡Y ya no se casará con Jimmy!

—¡Entonces, yo desapareceré de este mundo! —protestó Jimmy con desconsuelo casi infantil.

—Me dijo ella misma que nunca tuvo la intención de casarse con usted—explicó el abogado.

—¡No lo creo, no!

—¡Jimmy! ¡Retírate a tus habitaciones!—le ordenó su hermano.

—Me voy... pero no me humillo.

Y aquel muchacho enamorado, se alejó del salón, prometiéndose continuar fiel al recuerdo de la artista que le había embrujado con sus gracias.

—Me alegro de que haya usted solucionado el asunto—dijo tía Agatha al abogado—. Y ahora, que no vuelva a pronunciarse en esta casa el nombre de esa mujer.

Entró un criado anunciando con voz fría:

—¡La señorita Annabelle Lea!

Sin que tuvieran tiempo de negarle la entrada, ya la joven artista había aparecido en el salón.

Iba elegantísima, una preciosidad de mujer...

—¿Quién de ustedes es John Fairchild? —dijo mirando a todos.

—¡Yo soy! — respondió el aludido—. ¿Qué desea?

—¿Por qué hizo usted que me despidieran del teatro?

—Siempre haré uso de mi influencia cuando se trate de proteger a mi familia.

—Eso no es razón. ¿Por qué ha hecho que me rescindieran el contrato?

—Para que mi hermano no tuviera tantas ocasiones de verla a usted.

—¡Intolerable!

Todos la miraban con fiereza. ¡Antipática mujer! Su sola presencia allí parecía deshonrar aquella casa.

Jimmy volvió a aparecer en el salón.

—¡Annabelle!

—¡Jimmy mío!... He cambiado de parecer... y voy a casarme contigo.

Pero John, su tío y el abogado Underlane obligaron al hermano menor a marchar de allí.

—¡Nos separan, Annabelle!... Pero mi corazón, ¡ay!, se queda aquí contigo—exclamó el enamorado.

Cuando Jimmy hubo desaparecido, John dijo a la artista:

—Y ahora, señorita... puede usted regresar a Nueva York... Insistiendo en lo imposible, perdería el tiempo.

—No es esa precisamente mi intención—respondió sonriente, paseando su mirada triunfal por todos ellos, especialmente sobre John, como si quisiera deslumbrar a ese hombre con las gracias eternas de la mujer—. ¡Tengo que enseñar a ustedes algo muy interesante!

Y abriendo un saquito de mano que llevaba, extrajo de él una carta.

—Tengo en mi poder la vida íntima de los Fairchild, escrita por Jimmy en el más dramático de los estilos. ¡Oigan... oigan!...

Mi hermanita es una niña cursi... y mi tía tiene una monomanía de lo más sospechoso. Pero no quiere que se hable de ello.

Indignada tía Agatha rompió aquel escrito en pedazos, pero Annabelle se echó a reír:

—¡Bah! ¡No importa! ¡Jimmy escribió muchísimas cartas!...

Y les mostró un gran paquete de cartas en que Jimmy había ido exponiendo al par que su amor por Annabelle, el concepto no muy afectuoso que le inspiraba su familia, cuyos defectos no había ocultado para nada.

—A los chicos como Jimmy no debiera enseñárseles a escribir—dijo el abogado.

Después éste dijo, comprendiendo que era preciso evitar que aquella muchacha medio loca pudiera hacer uso de las cartas de Jimmy:

—Creo que lo mejor será que pasemos a la habitación contigua, para tratar de esto.

El tío Nathan, John y el abogado se reunieron en una vecina salita.

—Sólo hay una manera de quitárnosla de encima—dijo el tío Nathan a quien no parecía haber disgustado demasiado la presencia de Annabelle—. Invitarla a pasar con nosotros estas fiestas. Con un solo día que pase entre los Fairchild, sale escapada para Nueva York.

Así se acordó, pensando que la compañía rígida y tradicional de aquella familia se haría incompatible con el alegre temperamento de Annabelle. De esta manera la traviesa muchacha les dejaría para siempre en paz.

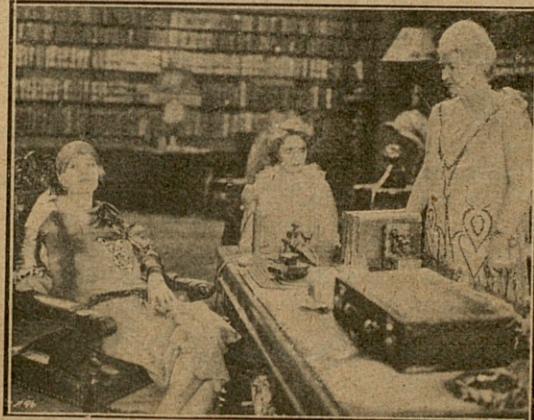
Volvieron al salón donde estaba Annabelle fumando un cigarrillo y mirando burlona y sonriente a tía Agatha y a Berta.

La joven les había ofrecido a ellas unos cigarrillos, diciéndoles que eran cosa excelente para los nervios.

Pero tía Agatha respondió furiosa:

—Una Fairchild no tiene nervios.

Annabelle contempló ahora a los recién venidos que habían deliberado sobre su caso. Tío Nathan le dijo con bastante amabilidad:



—Una Fairchild no tiene nervios.

—Esta noche damos una fiesta en honor del Almirante Finchley... ¿Aceptaría usted una invitación, señorita?

—¡Ya lo creo!

—El Almirante es un hombre muy ceremonial y de lo más exigente en cuestiones de etiqueta... Tendrá usted que mandar a buscar sus cosas.

—¡No se preocupe! Vine preparada para quedarme.

Dió un grito y entró en el salón la criada Hanna, cargada de equipajes.

El tío Nathan no pudo menos de echarse a reír al ver aquello. En cambio tía Agatha y Berta tuvieron que reprimirse para no mostrar una manifiesta hostilidad hacia la actriz neoyorquina... ¿Por qué la invitaban? ¡Una mujer así, sobre cuya conciencia había caído una muerte!

Annabelle miró a John, arrogante y apuesto muchacho cuyo rostro se mantenía impasible, y le dijo:

—¿Quiere usted conducirme a mi habitación?

—Sígame usted!

—Con mucho gusto.

Y acompañada de Hanna, fué tras él, con la alegría gentil de vencer, y con un deseo todavía más fervoroso de trocar la hostilidad que John le demostraba por otro sentimiento muy distinto.

Tío Nathan explicó, entretanto, a su hermana y a su sobrina los motivos por los cuales Annabelle se quedaba en casa.

John, severo y frío, había acompañado a la artista a una lujosa habitación.

—Todas las habitaciones de los invitados están ocupadas—dijo—. Esta es la de mi hermana... La ocupará usted por hoy.

—Muchas gracias, señor.

Iba a retirarse cuando la joven le dijo:

—¿Quiere usted hacer el favor de cerrar esa ventana?

Así lo hizo John, y se dispuso de nuevo a salir. Pero Annabelle le dijo:

—No se vaya... Quisiera hablar un momento con usted...

Y su cuerpo casi rozaba el suyo, llenándole de tibio aroma carnal...

—Es que... me están esperando mis invitados...

—Sólo un momento... Tenga usted un cigarro, entretanto.

Y riendo puso en sus manos uno de aquellos puros explosivos, que tantas veces había utilizado con éxito. Pero John no era fumador y limitóse a guardar el tabaco en su bolsillo.

—Sólo una pregunta... ¿Cree usted sinceramente que yo puedo hacer feliz a un hombre?

—¡Acaso!—respondió John, turbado, porque había sentido en su brazo el roce de una piel que le había estremecido.

John era joven... y cualquiera se resiste a las insinuaciones de una mujer hermosa y bien formada.

Comprendiendo que era peligroso continuar tan cerca de la artista, saludó para marchar.

Annabelle, burlona, llamó a Hanna que había estado arreglando el equipaje, y le dijo:

—El señor Fairchild te acompañará a tu cuarto, Hanna.

Y John, furioso, tuvo que salir con la doncella negra e indicarle su habitación.

* * *

Por la noche se celebró la fiesta en honor del Almirante.

La tía Agatha estaba furiosa.

—¿Qué pensará el Almirante? ¡Invitar a una mujer de teatro a la fiesta!

—¡Ni la verá probablemente!—le respondió su hermano.

A media noche llegó el Almirante. Mientras estaba en el recibidor entregando su sombrero a un criado, apareció Annabelle, que vestía un traje maravilloso.

El Almirante era un viejecito alegre que quería prolongar eternamente su juventud.

Annabelle al verle corrió hacia él.

—¡Mi querido Almirante! ¿No me recuerda usted?

—No, señorita.

—¿Tan pronto se ha olvidado de aquella noche en la recepción del gobernador? ¡Soy Annabelle Lea!

—Ahora recuerdo. ¡Perdone, preciosa!

—He llegado un poquitín tarde... ¿Quiere ser usted mi pareja?

—No faltaría más.

Y ante la estupefacción general, entraron en el salón. Su Excelencia Francis Scott Finchley y la señorita Annabelle Lea.

El Almirante se reunió con la familia Fairchild y dijo a ésta, presentando a Annabelle:

—Con seguridad conocen todos ustedes a la señorita Lea.

—¡Ya lo creo!—dijo Annabelle—. Como que pronto voy a entrar en la familia como novia de Jimmy.

Los Fairchild la miraron airados... ¡Qué inconcebible frescura la de aquella mujer! ¡Oh, qué deseos tenían de que el ambiente de severidad la fatigase y ella se marchara para no volver!

A Jimmy no le había sido permitido asistir a la fiesta.

El Almirante pegó unos golpecitos a John y le dijo bondadosamente:

—Vamos, John... que ya te gustaría estar en el pellejo de tu hermano.

John no se atrevió a negar porque a nadie le sienta mal un dulce, pero...

Tocó la orquesta. Por cortesía, John había pedido antes a Annabelle uno de los bailes. La joven se levantó y dijo:

—¿No es este nuestro baile, John?

Y ambos comenzaron a bailar entre las numerosas parejas que giraban al son de una música aristocrática.

Ella se estrechaba contra John, sus labios casi rozaban los suyos, su seno delicioso chocaba con el pecho del joven, y John comenzaba a estremecerse, no pareciéndole ya tan absurdo que Jimmy hubiese enloquecido por aquella mujer.

En cuanto a Annabelle, sentíase dulcemente interesada por el hombre que tal vez la estuviera odiando aún... Ella pagaba ese odio estrechándose fervorosamente contra el severo joven, saturándolo con su incomparable esencia.

—¿Sabe usted bailar el “black-bottom”?—preguntó ella.

—Este no es el lugar más apropiado para nada de eso—replicó.

Acabada la danza, volvieron a sus sitios... John dió un puro al Almirante, el mismo puro que Annabelle le diera antes. Lo encendió el ilustre marino y sonó la explosión chamuscan-do sus narices.

John, confuso, balbuceó varias excusas y miró luego a Annabelle reprochándole lo hecho. La

artista reía, irguiendo el hermoso cuello, nido de tentadores besos.

—¡Nunca hubiera sospechado esto de ti, John! Pero me alegro porque demuestra que te estás volviendo más persona—dijo el Almirante.

John no quiso descubrir a Annabelle y calló.

—¿Sabe usted bailar el “black-bottom”, mi Almirante?—preguntó la actriz.



—*¿Sabe usted bailar el “black-bottom”?*

—Psé... Sólo lo he practicado un poco en la intimidad de mi camarote. Pero vamos a probarlo.

Y ante el asombro de todos, Annabelle y el Almirante comenzaron a bailar un regocijante “black-bottom” que hizo las delicias de la concurrencia, pero puso en la faz de tía Agatha, de Berta y de John la sombra de la indignación.

—¡Qué vergüenza! ¡Esa descarada está echando a perder la fiesta!

Tío Nathan gozaba de lo lindo con aquel espectáculo... Y en vez de ser Annabelle la que quedara vencida por el ambiente severo de la casa, resultaba que la actriz revolucionaba la fiesta, poniendo en ella las gotas sabrosas de una infinita alegría.



Annabelle y el Almirante comenzaron a bailar...

A la madrugada acabó el baile, durante el cual derrochó ingenio y gracia la enamorada de Jimmy.

Tía Agatha estaba asustada lo mismo que sus sobrinos... ¡Buena la habían hecho en llevar allí a Annabelle!

Al terminar, Nathan corrió a besar afectuosamente la mano de Annabelle.

John se despidió de la actriz con un breve saludo. No le demostraba ya su odio, sintiéndose cada vez más cautivado por las gracias exquisitas de aquella mujer.

Pronto se apagaron las grandes luces del salón y la casa volvió a quedar en silencio.

La hermosa Annabelle se estaba despojando de sus joyas y ropas, vistiéndose un pijama fragante, cuando entró Berta, quien en forma destemplada le dijo:

—¿No le sería a usted lo mismo ocupar por esta noche otra habitación que no fuera la mía?

—¡No! ¡No me sería lo mismo!—respondió fráimamente.

Berta se alejó, haciendo un gesto de desdén. ¡Qué mujer aquella!

Abajo en el hall, el tío Nathan hablaba con Evelinda, ama de llaves de la casa. Esta mujer otoñal y no demasiado agraciada, decía al señor:

—¡Ya he visto que te timabas con esa corista!

El solterón la acarició bondadosamente, pues Evelinda era su último amor de otoño, sin que nadie supiera ese secreto.

—No seas tontina... Tú sabes que no me interesa ninguna mujer más que tú, Evelinda...

Apareció Berta... Tío Nathan disimuló, diciendo...

—Bueno... procure ocuparse un poco más de mi ropa. Evelinda.

Y saludando cariñosamente a su sobrina, se metió en su cuarto.

Berta preguntó al ama de llaves:

—¿Ha visto usted a Cooper en el garage?

—¡No!... Esta es la noche que el chofer tiene libre, señorita Berta.

—Es verdad!

Dirigióse Berta a ocupar una alcoba del último piso, puesto que su hermosa habitación la tenía Annabelle.

Annabelle se disponía a meterse en cama cuando creyó percibir pasos. Vió, en efecto, que había entrado en la salita contigua tía Agatha que se había dirigido hacia el tocador donde la artista había puesto sus joyas.

La actriz corrió hacia allí y la tía, al verse descubierta, huyó rápidamente.

Examinó Annabelle el cofre de las joyas. Por fortuna estaban todas en su sitio. Pero recordó que Jimmy le había dicho que su tía era cleptómana, es decir, que tenía la monomanía de apoderarse de lo ajeno.

Abrió la puerta y corrió por el pasillo detrás de tía Agatha que, viéndose casi alcanzada, penetró en el cuarto de su hermano.

Este había tomado un baño y se disponía a meterse en cama... Agatha, para no tener que dar explicaciones, se ocultó en el cercano cuarto ropero, temblando ante la idea de que la descubriesen.

Annabelle en su persecución, llegó allí encontrándose frente a frente con el tío Nathan que no había visto a su hermana.

—¡Usted perdone!... Creí haber visto entrar aquí a una mujer...

—¡Oh, no! ¡Soy bien soltero, señorita!

—He sido una atrevida... Dispense, señor...

Iba a marchar, pero tío Nathan al verla tan vaporosa y gentil, no pudo menos de decirla:

—No se irá usted sin antes tomar conmigo una copita de licor, ¿verdad?

Y preparó una bebida deliciosa como el más consumado "barman".

—¡No creí que esto se hiciera en esta casa! —dijo Annabelle Asombrada.

—¡Beba usted, Annabelle!... Y no recuerde en este momento que soy un Fairchild, de esa familia tan severa que usted conoce... Yo en mis horas íntimas soy tan amable y comprensivo como el que más.

Levantó la copa y conquistado por la exquisita gracia de su invitada, Nathan, a quien el propio ambiente de su casa caía encima, brindó:

—¡Por su futura felicidad!

En el momento de beber, se presentó ante ellos Evelinda con un paquete de ropa.

El ama abrió unos ojos tamaños al ver a aquella hora y en tal lugar a la actriz y al señorito, vestidos en pijama.

—¡Aquí tiene usted su ropa! —le dijo con voz velada.

Tío Nathan con profunda turbación exclamó:

—Pero... nenita... digo... señorita Peabody...

—¿Les parece a ustedes bien lo que hacen?

—¿Y a usted qué le importa lo que él haga o deje de hacer? —dijo Annabelle.

Una sombra de emoción pasó por los ojos del ama. La artista comprendió...

—Usted perdone, señorita Peabody... Creo adivinar lo que hay... Pero no tenga usted miedo... Ha sido una coincidencia la que me ha hecho venir a este cuarto.

Evelinda pareció convencida y dirigióse a

abrir el cuarto ropero. En aquel instante salió de allí tía Agatha con los brazos extendidos y los ojos cerrados, como si fuese una sonámbula... Era la mejor manera para huir.

—¡Esta está tan dormida como yo! — dijo Nathan.

Annabelle se marchó poco después, y Nathan acariciando a Evelinda le aseguró que ella era la única mujer en el mundo a quien adoraba.

Cuando Annabelle pasó por el corredor, encontróse con John. Se vió perdida e inmediatamente tomó el recurso que había servido antes a Agatha. Se hizo la sonámbula y extendiendo los brazos comenzó a andar hasta que viéndose muy seguida por John, se echó al suelo, simulando una caída.

John se tragó la píldora, es decir, creyó en el estado de sonambulismo de la muchacha. La cogió dulcemente en brazos y la llevó a la habitación que ella ocupaba.

Tendióla en el lecho; la joven parecía dormir... y John la admiró a su sabor...

¡Qué hermosa era! ¡Qué encantos tan agradables se adivinaban bajo la fina ropa! No pudo resistir su emoción y la besó en la boca y luego en el rostro.

Ella le miró y a su vez le besó en la mejilla, volviendo de nuevo a cerrar los ojos como si estuviese soñando.

Emocionado, John se alejó, considerando peligroso permanecer más tiempo al lado de aquella chiquilla que le parecía deliciosa... ¡Mejor era huir!... Se empieza con un beso... ¡y vaya usted a pensar con lo que se acaba!...

Al salir encontróse con su tío, quien le pidió explicaciones.

—¿Qué hacías en el cuarto de Annabelle?

—He ido a ver a esa chica para poner los puntos sobre las íes.

—Sí... Y veo que ella también te los ha puesto... Lo que no sabía es que ahora se llamaría así.

Y le señaló las huellas de los labios rojos de



No pudo resistir su emoción...

Annabelle que John tenía en el rostro.

El muchacho se miró avergonzado en un espejo... y escapó.

* * *

Hacía ya rato que Annabelle dormía dulcemente cuando le despertaron unos pasos en la habitación.

Sintió de pronto que un cuerpo trepaba so-

bre el suyo y que unos labios buscaban golosos su boca y unos brazos le rodeaban el talle...

Dió un terrible grito... y un hombre, ahogando una exclamación de sorpresa, volvió a escapar rápidamente por la ventana.

El grito había conmovido la casa... Entraron rápidamente John y Berta.

—¿Qué ha pasado?—preguntó John, con nerviosidad.

—¡Oh, no sé!... De repente he visto a un hombre que quería besarme.

—¡Usted está soñando, señorita!

Berta le hizo un signo angustioso, y Annabelle, inmediatamente, comprendió.

¡Dios mío! ¡Qué descubrimiento! Aquella era la habitación de Berta y el atrevido iba seguramente para gozar de las delicias del amor con aquella muchacha.

—¡Oh, no es nada!... Se conoce que he tenido una pesadilla...—dijo con disimulo.

—¡Naturalmente! ¿Quién iba a atacarla aquí?

Entró Nathan enterándose de todo lo ocurrido... Annabelle volvió a repetir lo de la pesadilla, y le dió un puro para agradecerle su interés. Era de los explosivos...

—Cuando lo fume... me acordaré de usted.

Entraron también tía Agatha y Jimmy, quien abrazó locamente a Annabelle, siendo alejado de ella por su tía y por su hermano.

—¡Dejadme!—decía el muchacho—. He saltado la cerradura de mi cuarto. ¡Nadie ni nada puede interponerse entre Annabelle y yo!

Salieron los hombres y tía Agatha.

Berta y ella quedaron solas. Annabelle le dijo:

—¡Conque toda una Fairchild recibe a un hombre por las noches en sus habitaciones!

—Las apariencias hacen a usted formar un mal juicio...

Apareció en aquel instante el chofer de la casa, que era el hombre que había querido besar por equivocación a Annabelle.

El joven explicó lo sucedido.

—Berta y yo nos hemos casado esta tarde...

—¿Casado? Pero, ¿por qué su matrimonio es secreto?

—John no hubiera consentido nunca nuestro casamiento a pesar de que no he de ser siempre un chofer...

—Entonces, lo mejor es que desaparezca usted antes de que le descubran.

Marchó el chofer después de besar a su mujer, confiando en que pronto se arreglaría la situación.

Berta dijo entonces a Annabelle:

—¿Qué me hubiera usted aconsejado que hiciera en mi lugar? El hermano John no entiende de amor... Es severo... ¡Es más frío que un témpano!

—Yo tengo mis dudas! Pero nada puedo aconsejarle.

Y después de asegurarle su amistad, Berta se despidió de Annabelle quien volvió a la cama, con la excitación que aquellas emociones amorosas causaban en su temperamento.

* * *

Nathan volvió a acordarse de Annabelle al explotar el cigarrillo puro.

¡Picaresca muchacha!

Después de la noche vino la mañana... porque en Filadelfia pasa lo mismo que en cualquier otra parte.

Annabelle tuvo una entrevista con Jimmy quien volvió a insistir sobre su volcánico cariño.

—Es difícil que comprendas, Jimmy... No puedo casarme contigo... Me eres muy simpático... Te aprecio de veras... Pero no me inspiras amor.

—¡Eso es que hay algún otro!

—¡No... no!



... después de besar a su mujer...

Desde el balcón vió ella a John que iba a entrar en la casa y sus labios sonrieron.

Jimmy adivinó.

—¡Ya lo sé!... Es John... mi hermano...

—¡No... no!... John me aborrece de verdad.

—Me parece que te equivocas, Annabelle...

¡Lo sospecho!... John está loco por ti...

Meditó unos momentos y luego dando muestras de gran cordura dijo:

—Puesto que a mí no me quieras, no me opondré a que seas la esposa de mi hermano.

—¡Qué loco!

—¡No desvarío!... Verás... hagamos una prueba... John sube... Yo voy a hacerte el amor... Fíjate en su actitud.

Jimmy cayó de rodillas ante Annabelle y gritó:

—¡Nada en el mundo puede ya separarnos, mi amada!... Pronto nos casaremos... mi prometida.

Ella protestaba contra aquella comedia, pues en su corazón estaba encendida la llama del cariño por John.

Este avanzó por la sala y apartando a su hermano, le dijo:

—Cállate, majadero... ¿Qué te vas tú a casar con ella?

—Sabía que dirías eso—dijo Jimmy—. ¡Claro! ¡Como que la quieras para ti!

John hizo un gesto de desesperación y se alejó tristemente... ¡Ah, qué terrible ser rival de un hermano!

—¿Lo ves?—dijo Jimmy a la actriz—. El no lo ha negado. Te quiere. Yo por él renuncio a mi querer.

Annabelle guardaba silencio... Sonó el timbre del teléfono y Jimmy corrió al aparato.

Dando muestras de gran turbación, dijo ante el auricular:

—¡Ah... el fiscal del distrito!... Bien... sacaré el dinero sea como sea...

Colgó el aparato y miró con desaliento a Annabelle. Estaba pálido...

Ella comprendió que ocurría algo grave.

—Dime, Jimmy, ¿de qué se trata?

—A ti puedo decírtelo, Annabelle... Falsifiqué un cheque de diez mil dólares... y si mi hermano se entera... me deshonra para siempre... ¡Es tan rígido, tan implacable en todo!

—¿Qué has hecho, Jimmy?

Vació la joven unos momentos y luego dijo, decidida, dispuesta a pagar a Jimmy con moneda de buena ley el sacrificio que hacía al renunciar a su amor.

—Me parece que puedo sacarte del apuro... Dile a Underlane que esté en mi cuarto dentro de diez minutos.

Y, sonriente, entró en el comedor donde estaban Nathan, Agatha, Berta y John. Mirando a todos con severidad, les dijo:

—He decidido llegar a un arreglo con ustedes... Me voy para siempre. Pero antes, quiero que sepan por qué vine a esta casa.

La escuchaban con gran interés, mientras John se sentía turbado ante el anuncio de que ella se marchaba.

—Quería conocer a la familia que no tenía escrúpulos en hacer despedir de su trabajo a una muchacha... sin ninguna razón y sin ningún motivo... Vine aquí para hacer pagar a todos ustedes el mal que me hacían... Pero he visto que sólo es responsable una sola persona, severa, implacable, a quien todos ustedes temen... Tío Nathan teme a esa persona... Tío Nathan quisiera casarse con la señorita Peabody, pero no se atreve ni a proponerlo. Berta también teme a esa persona... Tuvo el atrevimiento de casarse con un chofer, pero no tiene el valor de confesarlo... Tía Agatha tiene una monomanía

incurable, pero no puede esperar ninguna ayuda, ningún consuelo de esa persona... Jimmy anda también desorientado... En cuanto a John Fairchild, me parece que he descubierto de él demasiado.

Y sin decir más, marchó furiosa, dejando a los cuatro personajes silenciosos, aterrorizados ante aquel descubrimiento de todos sus secretos, debilidades y angustias... Y las miradas coincidieron en John, que era indudablemente la persona a la cual Annabelle se refería; el muchacho frío e implacable, que para mantener el tono de la familia, no hubiera tolerado que Nathan se casase con el ama, ni Berta con el chofer... ni la tía Agatha pudiera descubrir las angustias de su enfermedad, ni Jimmy soportara su deshonra.

John quedó desolado, abatido, pareciéndole que Annabelle tenía razón en sus acusaciones.

La actriz hablaba, entretanto, con el abogado Underlane.

—Estoy dispuesta a arreglar el asunto por diez mil dólares... Me marcharé y devolveré las cartas si usted me los da.

—Conformes.

Acto seguido el letrado le hizo un cheque por la cantidad pedida y ella le dió las cartas que Underlane, después de leer algunos fragmentos, echó al fuego.

Annabelle corrió a entregar a Jimmy el talón que debía salvarle de la deshonra.

El joven, conmovido, no quería aceptar, pero ella le dijo:

—No seas niño, Jimmy... Algún día podrás devolvérmelo.

Poco después, Annabelle, en compañía de su

doncella Hanna, se encaminaba hacia la calle... Nunca volvería a ver a aquella gente... Pero su alma estaba rota porque, a pesar de todo, amaba a John...

John salió a su encuentro y le dijo:

—Supongo que yo soy la persona a la que usted aludió tan duramente.

Ella guardó silencio.

—Le ruego me diga la verdadera opinión que tiene sobre mí.

—Tengo miedo de que le avergüenze—contestó.

—Nada que usted me diga puede avergonzarme... porque... ¡porque te adoro, Annabelle!

—¡John!

—Reconozco que he sido un imbécil toda mi vida. ¿Puedes perdonarme?

Y como ella le quería con toda su alma, perdonó...

De pronto apareció el abogado Underlane.

—Ya puede usted echar tranquilamente a esa señorita...—le dijo.

—Ahora es cuando quiero que se quede.

—Entonces he gastado inútilmente los diez mil dólares que le he dado.

—¿Eh? ¿Tú?... ¿De modo que al fin y al cabo viniste aquí por dinero?—exclamó John, enfurecido.

—No quiero perjudicaros... Has dudado de mí, ¿verdad? ¡Pues adiós!

Y Annabelle, indignada, salió rápidamente en compañía de su doncella.

* * *

Y ya de vuelta a Nueva York, un día Annabelle dijo a su fiel doncella:

—¡Ay, Hanna!... Todo me hastía... ¿Qué será lo que tengo?

—Eso que usted tiene, señorita, es del corazón.

Apareció en el cuarto el señor Nathan.

—¿Usted?—preguntó Annabelle, extrañada.

—Acabo de llegar a Nueva York... en viaje de boda... ¿Quiere que entre la novia?

—¡Que pase! Pero, ¿se ha casado usted?

Momentos después hacía su aparición, la señorita Peabody... Annabelle no salía de su sorpresa.

—Usted hizo una gran cosa por nosotros... Descubrió lo que yo nunca me atrevía a decir... que amaba a la señorita Peabody... — dijo Nathan. — Y también gracias a usted son ya públicamente felices Berta y su marido... Y tía Agatha puede curarse sin temor de avergonzarse de su dolencia... Y sabemos, además, lo que hizo usted por Jimmy que en lo sucesivo piensa ser un impecable caballero... Le estamos eternamente agradecidos. Usted cambió la faz de nuestra familia donde reinaba la hipocresía y la mentira... Ya no tememos a John... Y en agradecimiento a lo que usted ha hecho por nosotros, permítame que yo haga algo por usted... La voy a mandar a París a que se divierta... Aquí traigo los pasajes... Uno para usted... otro para su doncella.

Tristemente, Annabelle aceptó aquel regalo. Sí, iría a París para distraerse tras su dolorosa

aventura... No quiso preguntar nada sobre John, sobre el hombre a quien ella amaba.

Y aquella misma tarde en compañía de la doncella se encaminó al transatlántico que iba a zarpar dentro de breves momentos.

Entró en un camarote y su sorpresa fué extraordinaria, indefinible al ver en él a John.

—¿Usted aquí?

—¿Creíste por un momento que fué realmente tío Nathan quien preparó este viaje? — dijo John, riendo.

—¡Vamos a tierra inmediatamente!—ordenó Annabelle dirigiéndose a Hanna.

Pero en aquel instante el barco comenzó a marchar.

—¡Qué infamia... qué infamia!—protestó ella.

—¡No sea usted así, Annabelle! La quiero, usted ha hecho de mí otro hombre y ha dado otra alma a nuestra familia... Cada uno ha podido seguir la senda que deseaba. La admiro, amiga mía, por la lección que me dió... Yo con Jimmy hubiera sido cruel; usted con una generosidad inaudita le salvó de la deshonor. ¡Gracias, amiga!... Pero, ¿no me quiere usted? Yo me hacía la ilusión de que fuera este nuestro viaje de bodas... Y todo lo tenía preparado.

Abrió una puerta apareciendo un altar y junto a él el sacerdote, el tío Nathan y toda su familia.

—Parece enteramente una fotografía del álbum de la familia—dijo la actriz, riendo.

—Sólo faltas tú en ella, Annabelle.

—No me casaré contigo, jamás, ¿lo oyes?, jamás!

Pero acabó por ceder ante las nuevas palabras del hombre que era su primer amor.

Y el pastor no tuvo que esperar en balde.
Jimmy se resignó bondadosamente... Y los novios, aquella noche en el mar, gozaron las delicias desesperadas de la primera hora de pasión febril.

F I N

Ha sido revisada por la censura

PRONTO, la esperada colección

BIBLIOTECA

RODOLFO VALENTINO

Todos los asuntos interpretados por este inimitable artista.

Primer número:

“COBRA”

Precio: 50 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

5
||
De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

ha puesto a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

El Cuento Selección

Su precio es de 15 céntimos

y todos los asuntos que se publicuen tendrán un alto valor educativo.

Immejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!
